



*Per áspera
ad astra*

Mons. Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea quiso que hasta su último aliento sea ejemplo de fortaleza y ofrenda a Dios: “Hacer y desaparecer” en cuatro líneas pastorales:

VOCACIONES: Seminario Mayor Santo Toribio de Mogrovejo.

ORACIÓN: Santuario y Monasterio Nuestra Señora de la Paz.

EDUCACIÓN: Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo.

SALUD: Clínica Nuestra Señora de la Misericordia.

Don Ignacio, como paciente



Mons. Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea, segundo obispo de Chiclayo, al que familiarmente llamábamos Don Ignacio, se nos fue al Cielo el día 4 de mayo de 1998. Con la misma naturalidad y sencillez con la que había olvidado: sin hacer ruido.

Dr. Hugo Calienes Bedoya

Don Ignacio, además de doctor en teología, era doctor en medicina por la Universidad Complutense de Madrid, fue un magnífico cirujano y, según los comentarios que escuché a su colega y amigo, el Dr. Sebastián García Díaz (profesor mío de Cirugía en la Facultad de Medicina de Sevilla-España), tuvo todo a su favor para convertirse en catedrático de Cirugía de la universidad española, pero la llamada divina al sacerdocio pudo más, y el Prof. García Díaz tomó la posta.

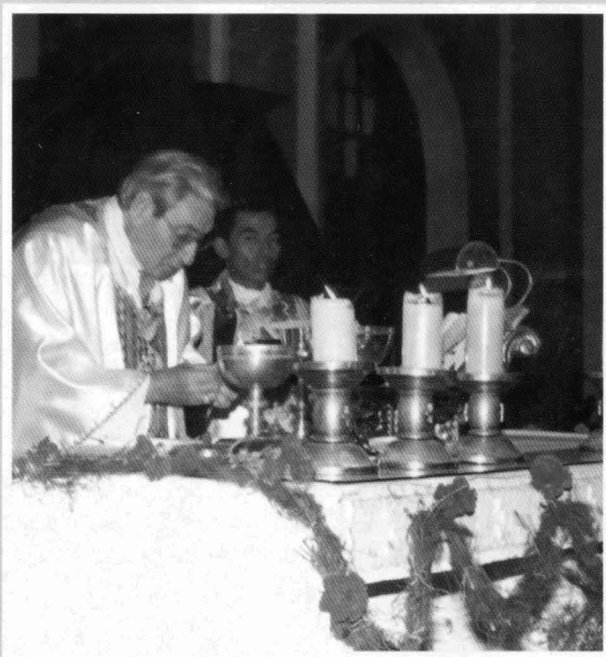
Conocí a Don Ignacio en Sevilla en mayo de 1969 donde estuvo solo unas horas. Había ido a esa ciudad andaluza para recibir el homenaje que le hacía el Colegio Mayor Universitario "Guadaira" (así se les llama a las tradicionales residencias universitarias europeas) que acababa de cumplir sus bodas de plata y del cual D. Ignacio fue uno de los primeros directores. Yo vivía en otro Colegio Mayor vecino -"Almonte"-, ubicados ambos en el inmejorable paseo de las Palmeras. Por eso de intercambiarnos visitantes ilustres para invitarlos a tomar café después del almuerzo y tener enriquecedoras tertulias, Don Ignacio apareció por allí acompañado de autoridades universitarias. Nos contó la aventura de la Prelatura de Yauyos y Huarochirí (había sido el primer prelado desde 1957 y por tanto protagonista de esos heroicos años), unido a variadas noticias de Perú que los universitarios españoles deseaban conocer. Por ser peruano tuve el privilegio de formar parte de la comitiva que lo despidió en el aeropuerto sevillano.

¡Quién me iba a decir que 21 años más tarde tendría con él un trato fácil y frecuente que me permitió encabezar el equipo médico que lo atendió en su última enfermedad! (lo conformaban, el Dr. Gonzalo Delgado, el Dr. Abelardo Gonzales y el Dr. Luis Alberto Mas, unido a un magnífico grupo de enfermeras y auxiliares de enfermería).

El sábado santo de 1998 (11 de abril), a las 15 horas, me llamó el P. Plácido Olivares para decirme que Don Ignacio no se encontraba bien. Acudí de inmediato y después de examinarlo, convenimos en su traslado al Hospital Almanzor Aguinaga; el Dr. Delgado también acudió. Recuerdo cuando el médico de emergencia le estaba haciendo la historia clínica le preguntó por sus antecedentes patológicos y Don Ignacio respondió con su chispa habitual: "10 años a más de 4,000 metros sobre el nivel del mar y miles horas a caballo...", reímos todos por esa clara alusión a los años que pasó en la sierra de Yauyos. Otra pregunta: si acostumbraba a tomar medicinas; respuesta, "aspirinas de vez en cuando". Con este brevísimo relato trato de describir la magnífica salud de Don Ignacio: era un hombre muy sano, un vasco que hacía honor a su raza, caracterizada por una especial fortaleza física.

Los médicos tenemos fama de ser malos (o pésimos) pacientes. Don Ignacio, en esta etapa de su vida, rompió con la tradición; las enfermeras que lo atendían, casi siempre al cambio de turno, se decían unas a otras: "¡que buenito

es monseñor!", pues se dejaba hacer sin preguntar. Cuando tuvimos el diagnóstico, (cáncer de páncreas), le di la noticia (era sábado día dedicado a la Virgen); la recibió con paz y me "exigió" saber cuánto tiempo le quedaba de plazo para dar el "salto final". Una vez situado, me dijo, "Ahora voy a prepararme, pero ustedes me tienen que ayudar; si cuando llegue arriba me dicen que todavía me falta, responderé que la culpa es de ustedes que no me ayudaron lo suficiente". He pensado mucho en estas palabras. ¿Qué quería transmitirnos?. Sin duda, que su muerte, para los que estábamos en su entorno, no podía convertirse en un motivo de tristeza sino en la oportunidad para estar más cerca de Dios, para ser mejores. Contemplando el ambiente de amigos y sacerdotes que le acompañamos, puedo afirmar que consiguió su propósito.



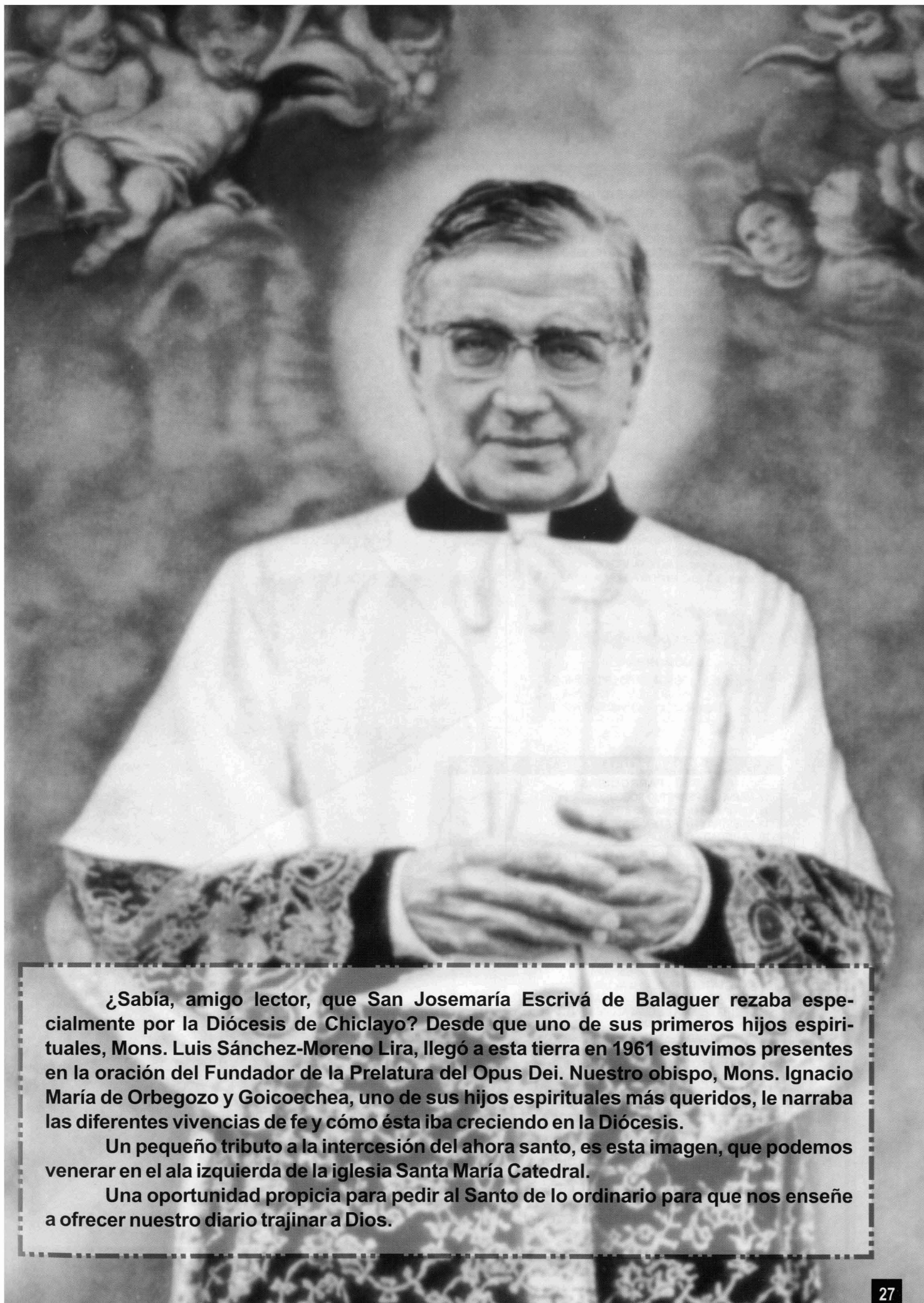
Su estancia en el hospital apenas llegó a los diez días; en cuanto se vio que no necesitaba un tratamiento que exigía hospitalización, lo trasladamos a su casa, allí en una amplia silla de ruedas que más se asemejaba a una camilla, que nos prestaron las monjas del Monasterio de Santa Teresa, pasaba el día. Durante todo el tiempo que duró su enfermedad (24 días) estuvo muy lúcido, nunca se quejó de nada y menos de dolor, lo que dificultaba la aplicación de calmantes; pero dado los años de trato, descubrí que cuando silbaba era porque el dolor arreciaba, le colocábamos una inyección y lo agradecía. Durante esos días se desvivió por todos; estar a su lado equivalía a pasarlo bien, reíamos a gusto con sus comentarios y bromas y disfrutaba contándonos recuerdos de San Josemaría Escrivá, a quien conocía muy bien (lo llamaba mi padre); nosotros parecíamos los enfermos y él la persona que nos consolaba y daba ánimos. Era tal el número de amigos (de todo el Perú) que querían verlo para agradecerle el bien que había hecho en sus vidas, que nos vimos obligados a prohibir las visitas: se entregaba tanto a ellas que terminaba el día cansado. Una persona venida de Lima, recurrió al disfraz de enfermera para lograr estar unos minutos, antes de ser descubierta. Las llamadas telefónicas de Perú y Europa eran frecuentes, también las restringimos amablemente. Rezaba mucho por sus sacerdotes. Mons. Jesús Moliné, obispo coadjutor de la diócesis, le celebraba diariamente la Santa Misa en su dormitorio; de esta forma Don Ignacio podía unirse mejor al sacrificio in-cruento de Jesucristo.



Empezó mayo, mes de la Virgen, que, junto con el 8 de diciembre, era su mes preferido. Al poco tiempo de enterarse de su diagnóstico, me había dicho en tono confidente, "yo me muero en mayo, el día tres, fiesta de la cruz" (tenía muy clavado la enseñanza de que el sacerdote por ser Cristo debía amar la cruz, hacerse a la forma de ella). El Señor y la Virgen dispusieron que, dentro del mes de mayo, fuera el día 4, fiesta de los apóstoles Felipe y Santiago, como para subrayar su condición de obispo, sucesor de los apóstoles. En esos momentos de la tarde se encontraba el P. Juan José Miranda con él, (simbólicamente podemos interpretarlo como la representación de todos los sacerdotes de su Diócesis); minutos antes el P. Jaime Payeras lo había atendido espiritualmente y los demás acabábamos de retirarnos. Rezaron el Santo Rosario, al terminar repitió en latín la jaculatoria "¡Cor Mariae Dulcíssimun iter para tutum!" (Corazón Dulcísimo de María prepáranos un camino seguro), escuchó el pitido de la máquina que le administraba un medicamento y le dijo al P. Juanjo, "es la banda" (refiriéndose a las bandas de músicos que salen por los pueblos de España), y se durmió en el Señor. Eran las 18.00 horas. Don Ignacio murió con la misma naturalidad y sencillez con la que había vivido, sin hacer ruido.



Empezó mayo, mes de la Virgen, que, junto con el 8 de diciembre, era su mes preferido. Al poco tiempo de enterarse de su diagnóstico, me había dicho en tono confidente, "yo me muero en mayo, el día tres, fiesta de la cruz" (tenía muy clavado la enseñanza de que el sacerdote por ser Cristo debía amar la cruz, hacerse a la forma de ella). El Señor y la Virgen dispusieron que, dentro del mes de mayo, fuera el día 4, fiesta de los apóstoles Felipe y Santiago, como para subrayar su condición de obispo, sucesor de los apóstoles. En esos momentos de la tarde se encontraba el P. Juan José Miranda con él, (simbólicamente podemos interpretarlo como la representación de todos los sacerdotes de su Diócesis); minutos antes el P. Jaime Payeras lo había atendido espiritualmente y los demás acabábamos de retirarnos. Rezaron el Santo Rosario, al terminar repitió en latín la jaculatoria "¡Cor Mariae Dulcíssimun iter para tutum!" (Corazón Dulcísimo de María prepáranos un camino seguro), escuchó el pitido de la máquina que le administraba un medicamento y le dijo al P. Juanjo, "es la banda" (refiriéndose a las bandas de músicos que salen por los pueblos de España), y se durmió en el Señor. Eran las 18.00 horas. Don Ignacio murió con la misma naturalidad y sencillez con la que había vivido, sin hacer ruido.



¿Sabía, amigo lector, que San Josemaría Escrivá de Balaguer rezaba especialmente por la Diócesis de Chiclayo? Desde que uno de sus primeros hijos espirituales, Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira, llegó a esta tierra en 1961 estuvimos presentes en la oración del Fundador de la Prelatura del Opus Dei. Nuestro obispo, Mons. Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea, uno de sus hijos espirituales más queridos, le narraba las diferentes vivencias de fe y cómo ésta iba creciendo en la Diócesis.

Un pequeño tributo a la intercesión del ahora santo, es esta imagen, que podemos venerar en el ala izquierda de la iglesia Santa María Catedral.

Una oportunidad propicia para pedir al Santo de lo ordinario para que nos enseñe a ofrecer nuestro diario trajinar a Dios.